

RELATOS NÁUTICOS



La Vuelta al Mundo sin prisas



Maria Elena Serrano Jiménez

Cuando a los veintisiete años me diagnosticaron un cáncer con metástasis fue como una cura de humildad y un revulsivo a partes iguales. Hasta entonces mi percepción de la vida era algo así como un lienzo donde toda la gente que se cruzaba en ella eran los personajes de ese cuadro, pero yo era la protagonista del mismo. A partir de aquel día, pasé a sentirme un personaje más en los lienzos de las vidas de los otros. No te conviertes de la noche a la mañana en otra persona, pero sí hay algo que no volverá a ser igual. Cuando pasas diez años pendiente del pulgar

de tu oncólogo, empiezas a ver la vida desde una perspectiva de inmediatez, es por esto que me costó menos que nada tomar la decisión más acertada de mi existencia: dejarlo todo y marcharme a navegar, a dar la vuelta al mundo...

Había conocido a Kurt pocas semanas antes, el loco alemán que acababa de cruzar Cabo de Hornos. Cuando me propuso acompañarle en su viaje, me pareció que no había nada que pensar. La diferencia de edad ya no era relevante, yo podría faltar antes que él, de hecho, me sentía mayor que él. Sólo quería pasar el resto de mi tiempo al lado de ese hombre fascinante y asombroso al lado del cual, la vida era una alegría.

Comencé a navegar en Valdivia, Chile. Aproximarme a la vida en el mar en esas latitudes le dio un nuevo significado a lo que para mí representaba lo imposible. El primer personaje que conocí fue Max, alemán, a bordo de su velero Safina, un navegante solitario que se convirtió en nuestro ángel de la guarda en no pocas ocasiones. Los segundos fueron Paul y Madeleine,



una pareja de franceses de setenta años en su tercera vuelta al mundo. Solía espiarles por la escotilla y envidiaba la destreza de Madeleine reparando la jarcia encaramada al mástil. Los terceros fueron una pareja de jóvenes suizos con dos niños de cuatro y seis años a bordo de un velerito de ocho metros de eslora que habían vendido lo poco que poseían para vivir su sueño de circunnavegar el planeta. Les encontramos en isla Robinson Crusoe, archipiélago de Juan Fernández, Chile, y nos despedimos de ellos cuando zarpaban hacia isla de Pascua en el año de la corriente del Niño, con la inestabilidad meteorológica que conlleva. “Somos Gente de ducha fría”, le contaban al pequeño, para alentarlo, para enmascarar la precariedad de su vida a bordo de esa cáscara menuda y casi diría que insalubre.

Nuestro velero era un Belliure 41 todopoderoso: el Nicole. Siempre dije que tenía el culo gordo porque nunca fuimos los más veloces de la flota transmundista aunque tampoco lo pretendíamos. A bordo primaba la seguridad y el confort. Romper algo en mitad de algún océano no era buena idea, sabiendo además que en el mejor de los casos conseguiríamos llegar a alguna isla perdida sin posibilidad de conseguir los repuestos ni la ayuda necesarios. No vengo del mundo de las



regatas, jamás participé en alguna, aprendí a ir de un sitio a otro en barco, la prioridad nunca fue llegar los primeros sino llegar a salvo.

La cocina era de queroseno, un sistema antediluviano que Kurt escogió por seguridad, cuyo protocolo de encendido era tan fastidioso que te lo pensabas tres veces antes de prepararte un café.

Disponía de dos tanques de 250 litros de combustible y otros dos de 250 litros de agua, que en los dos últimos años de navegación, debido a fisuras, iban perdiendo su contenido y nos quedábamos sin agua al segundo día. Esto fue un inconveniente serio al cruzar el Indico, no llevábamos desalinizador y había que ser muy prudentes al racionar los 200 litros extra de agua en bidones que transportábamos y muy pendientes de la recogida de agua en cada chubasco.



En enero de 1998 escribía en mi diario:

"Aquí nada se pide "por favor", las maniobras se gritan con imperativos y no hay tiempo para disculpas, sobrellevo esta disciplina casi militar, aspecto de Kurt que desconocía y no tengo muy claro que me guste... Hacemos guardias de dos horas, día y noche.

Viniendo de una vida burguesa, dormir de pura fatiga, comer con hambre voraz o glorificar un vaso de refresco con cubitos de hielo al llegar a tierra después de una larga travesía –no disponemos de congelador a bordo– son novedades que te hacen sentir viva.

En tierra hay tanto disponible y aquí hay tan poco material, que todo queda reducido a lo indispensable.

Dormimos como piezas de charcutería, colgados, enganchando nuestro chaleco y su mosquetón al techo de la cabina para no rular mucho en la litera.

Nunca he sido supersticiosa, y ahora me descubro tocando madera cada dos por tres y poniendo a buen recaudo las tijeras.

He aprendido que sea lo que sea que tengas que arrojar, no lo hagas por barlovento. Y a blasfemar. Y que a bordo sólo hay un capitán, despotricar en mitad de una maniobra es comprometer la seguridad del barco.

Actividades cotidianas, como vestirse, se convierten en un acto circense por mantener el equilibrio a bordo.

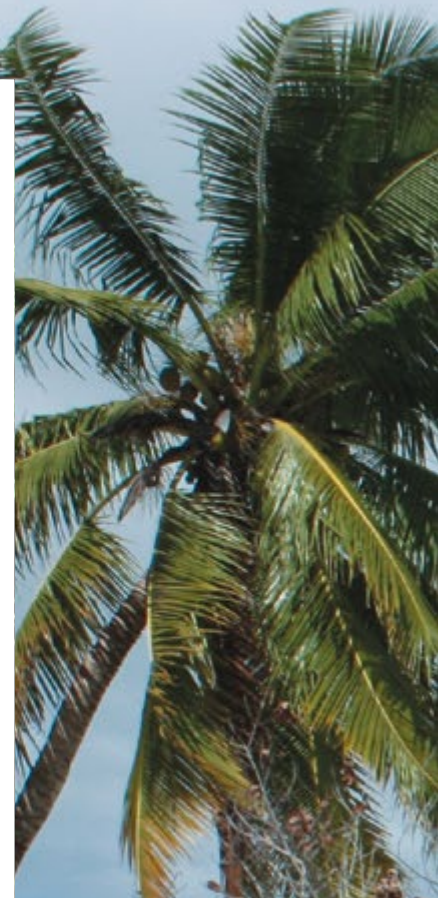
Algunos días transcurren con gran lentitud; otros, en cambio, pasan en un abrir y cerrar de ojos. Ocupo el día abismada en mis pensamientos, mis libros, mi música y mis recuerdos.

Tenemos un rústico sistema de ducha con agua salada a base de cubo y palangana en la bañera del barco. Nos podemos permitir dos litros de agua dulce al final para arrastrar la sal. Acabas por acostumbrarte a llevar el pelo enredado como algodón de azúcar, qué remedio.

Me encanta mi nuevo hogar, esta vida nómada y la mar salada."

Pero he de confesar que si no regresé a los brazos de mi madre la primera semana en Valdivia fue por orgullo, por no dar la razón a todos aquellos que consideraron mi decisión disparatada e irresponsable, aunque nunca lamentaré haberme quedado un ratito más a ver qué pasaba, un ratito de once maravillosos años...

Es fantástica la sensación en alta mar. Las inquietantes primeras noches de guardia, sobre todo sin luna, oscuras como boca de lobo, cuando no distingues ni el horizonte, da vértigo avanzar hacia no sabes dónde, como si caminases con una venda en los ojos. Puedes pasar horas observando el mar, que es el entorno perfecto, y no te aburres, es como mirar el fuego.



Solíamos pescar al curricán y Kurt tenía siempre un detalle precioso antes de pasar a cuchillo a los bichos: les pedía perdón.

En ocasiones, observando las aves, con su impecable planeo e imaginando la perspectiva desde las alturas, terminaban por posarse en cubierta durante las travesías para descansar, pero también para morir. Esto último siempre daba mal rollo, era como un mensajero fúnebre, un oráculo que presagiaba lo peor. Insistíamos en hablarles, darles de comer y beber, intentando averiguar el desenlace.

Si la libertad es la ausencia del miedo... no se es libre a bordo. Se pasa miedo, incertidumbre y hasta temor de Dios. Para mí, no es libertad la palabra, es plenitud, momentos de plenitud intercalada entre, no tengo muy claro el tanto por ciento, de sacrificio y sublimidad. En medio del océano es como si estuvieses en el útero de la tierra, de donde todo surgió, y notas esa energía, te sientes bien, te sientes protegida y aceptada, te abstraes de todo, es el nirvana más absoluto. Depura el alma, es sanador, te reconcilia con el mundo. Observas el mar y se te van los males. El mar te humilla y te ensalza, te insignifica y te heroiza, en unos instantes pasas de creerte capaz y por encima de todo a pedir perdón por tu insolencia y temer que te desintegre la próxima ola.

Recuerdo también haber entrado en el bucle del navegante: cuando estás en el mar, a menudo echas





de menos tu tierra y tu gente, cuando estás en tierra estás deseando embarcarte de nuevo.

Un barco se puede convertir en un lugar muy incómodo si la moral no es buena. A Kurt le gustaba meter los dedos en el enchufe y aunque la suerte favorece a los osados, estuvimos muchas más veces de las que habría deseado en peligro...

Diario de la tormenta, JUNIO DE 1999, travesía Hawai-Alaska:

“La meteo es preocupante. Se trata de una baja formada que se ha profundizado. Nos esperan vientos de cincuenta nudos por tres días, con rachas de setenta. Empiezan a llegar las olas que anuncian el viento que comenzará esta noche, para nuestra desgracia, de mar encontrada que golpean el casco desde varios ángulos, no es muy confortable. El barómetro presagia lo peor. Kurt y yo apenas hablamos, sólo nos miramos intentando disimular el nerviosismo y la angustia. Parecemos un par de espectros. Ambos somos conscientes de la situación. Imposible conciliar el sueño, no dejo de pensar que si me duermo tal vez no despierte jamás. Me aterra el ruido y estas horribles olas. Yo era consciente de que algún día descubriría el lado oscuro del océano, pero

esta es la peor de mis pesadillas. Durante la noche nos tumbamos abrazados en el sofá y Kurt me recita cuentos e historias imposibles, de las suyas. Este hombre soporta el peso de mi estabilidad. Siempre le agradeceré esto. Todo se va rompiendo y me estremece pensar que con este temporal nadie vendrá a rescatarnos. No sé de qué forma ayudarle, cada día surgen nuevos inconvenientes. Hace mucho frío y todo está empapado de agua salada. Mientras él trabaja en el cofre de popa intentando recomponer el sistema hidráulico del timón yo espero mirando a través de la escotilla (en ese momento no lo sabíamos, pero el timón se había rajado por una de las tres olas que volcaron el Nicole sumergiendo el mástil en el agua y le había abierto una grieta vertical de dos centímetros) a veces no aguanto más y lloro para desahogar la tensión, no lo hago delante de él, sé que está tan preocupado como yo aunque no lo demuestra, guardo para mí la letanía lastimera. Cada vez que sale a cubierta, tengo la impresión de que no lo veré más. Me he puesto el anillo de la madre de Kurt y la cadena que me regaló mamá, creo que trato de conjurar la mala suerte. Constantemente pienso en mi familia y en que no merecemos esto. No puede estar pasando. Kurt tiene una expresión de agotamiento infinito. Observo las olas que se acercan con un temor reverencial.”



Debido a la rotura del timón, quedamos casi a la deriva por tres semanas. Gracias a que el viento nos empujaba hacia la costa de California y a los diez grados de gobierno que nos permitía el maltrecho timón, conseguimos llegar a San Francisco. Fue apoteósico cruzar el Golden Gate con el Nicole hecho trizas, agotados pero felices, hasta nos hicieron un reportaje en Latitude 38 Magazine como supervivientes de la tormenta que desgraciadamente se había cobrado algunas vidas.

La tempestad en el Golfo de Alaska elevó mi nivel de peligro, fue como una vacuna para enfrentar los años venideros. Ahora lo pienso y cómo templaron mis nervios los años de navegación a bordo del Nicole.

Es curioso cómo la memoria selecciona y cómo lo primero que se te viene a la mente al recordar nuestra aventura no es cuántas veces arriesgamos

la vida, sino la cantidad de momentos fascinantes que disfrutamos, como la bahía iluminada repleta de espirales de noctiluca en el Mar de Cortés; o los Kustom Festival en Vanuatu, donde los indígenas te permiten ser testigo de sus rituales ancestrales; bañarnos en las cuevas de las Yasawas en Fijji; cruzar el Estrecho de Torres, a través de su laberinto de islotes y arrecifes y su deslumbrante gama de verdes en el agua debido a la escasa profundidad; navegar en un mar amarillo de azufre en Tonga; anclar en medio del Pacífico Sur en el arrecife de Minerva; la salida de la luna en mitad de la noche, como un barco en llamas sobre el horizonte; la estela de los meteoritos incandescentes; las nubes aquí y allá, como si de un soplado en una bañera de espuma se tratase; las fiestas a bordo y el derrame de champán cada vez que cruzábamos el Ecuador; el espectáculo increíble de las estrellas en luna nueva, tan cercanas que tienes la sensación de poder cogerlas con las manos y arrancarlas del cielo, qué cantidad de estrellas fugaces y cuántos deseos.

A bordo del Nicole crucé el Pacífico, el Índico y el Atlántico desde Cabo Buena Esperanza hasta España. La travesía más larga nos llevó siete semanas, desde Islas Galápagos hasta Hawai. Fue en 2016 cuando me embarqué en el velero Sapajou, con mis amigos Nina y Jean Claude Tranape, para terminar mi circunnavegación, en dos etapas, cubriendo las millas que técnicamente me faltaban para finalizarla: Lanzarote-Martinica y Martinica-Canal de Panamá-Islas Galápagos.

Altea, este privilegio de lugar donde no echas de menos casi nada, fue siempre nuestro ancla, nuestro hogar, el lugar al que regresábamos cuando había que dejar en seco al Nicole, en la parte del mundo que tocara, durante la época de huracanes, y es también el lugar donde Kurt falleció en noviembre de 2011, un año después de finalizar su vuelta al mundo, dejando un legado que intentamos mantener vivo en su bar: La Mascarada, un lugar repleto de memorabilia que cada día me recuerda lo grande que fue la persona a quien estaré por siempre agradecida por todo lo que me enseñó y por ser la inspiración de mi vida. Va por ti, mi querido Kurt.